

Ana Idam

Noches Sin Luna



Noches sin luna.

Anaidam

© 2015 Ana Idam.

©2017 Ana Idam

Todos los derechos reservados.

Editado por: Mábel Montes, Nuria Poveda, Mercedes López.

Portada: Cover Creator

Edición imagen: Lucía Molner

Primera edición: 25 Julio 2015

Depósito legal: SO-30/2015.

ISBN-10: 1515104567

ISBN-13: 978-1515104568

*Para Pablo y Uxía, por su apoyo y amor sin dobleces.
Para Nury y Mábel por su incansable soporte, cariño e
inspiración.*

#1

—*D*ime que el chalet es una pasada.

—Es una pasada, Jorge. En serio que lo es. —Miro a mí alrededor, estoy en la terraza de la primera planta, a la que se accede a través del salón o por un pasillo lateral, donde está la barbacoa, que lleva a la cocina. En frente tengo un precioso jardín con una piscina fabulosa, rodeada de césped y enmarcada con tablas de madera oscuras—. Te encantaría, pero...

—No me hagas sentir culpable, Sofía. —Suelta un resoplido dramático, y sé que no lo siente como tal.

—No me vengas con teatros, J, estás encantado con Adrián pegado literalmente a tu culo.

—Es increíble, se ha venido a casa y estamos taaaan bien juntos. —La felicidad traspasa la línea telefónica.

—¿A tu casa? —Me extraña mucho su afirmación; Jorge es un espíritu libre, además de ser una persona independiente, y como él se autodenomina: «rara para que le toquen los cojones en la convivencia».

—Lo sé, es una puta locura, pero sabes que soy pasional y necesito vivir las cosas sin poner frenos. No pue-

do asegurar que mañana no se me cruce un cable y termine echándole de casa.

—No te digo nada, es tu vida. —Me carcajeo, no puedo evitarlo.

Jorge tiene esa manera loca de expresarse en la cual se pregunta, contesta y justifica él mismo en su propio monólogo.

—El caso es que estamos muy bien... —Escucho un suspiro soñador, y me apuesto un meñique a que está sonriendo, tanto que si lo tuviera delante le vería hasta las muelas—. Viene de trabajar, se ducha y, a pesar de haber estado trabajando con la madera todo el día, tiene ganas de empotrarme contra la pared...

—Para, J, por favor, acuérdate de que estoy en dique seco desde hace ya un tiempo, y aunque no sea gay, sabes que desde que leí esos *fics* de los vampiros que me recomendaste, soy capaz de ponerme muy burra con ciertos detalles.

—Sí que estás desesperada, Sofi, escúchate, has perdido el decoro. —Se ríe, pero en seguida para—. Me siento fatal, íbamos a salir de fiesta por ahí a los chirin-guitos de la playa para ligar y follar como locos, y te he dejado tirada. Estoy convencido de que tú ahora no vas a hacerlo sola, ¿verdad?

—Me conoces como si me hubieras parido. No pienso ir por las noches de fiesta veraniega en plan: «Chica soltera busca».

Escucho de fondo el sonido del teléfono fijo de su peluquería.

—Te tengo que dejar, Pulguita. Disfruta por allí aunque sea con tu *Gris*.

Con una carcajada socarrona me cuelga, dejando un beso colgando de la línea; y yo me tengo que reír. Me

ha regalado la trilogía erótica que está arrasando, junto con un vibrador, que se llama extrañamente «conejo» — que sutileza—, y al que él llamó *Gris* directamente, haciendo alusión a su color acero, y al nombre del protagonista de la novela.

Cuando me dijo que no vendría conmigo de vacaciones, a la casa que habíamos alquilado juntos para una semana, justo tres días antes de venir, lo hizo con la entrega de este regalo para mujeres solitarias. Yo le dije que, sin regalarme nada, se lo hubiera perdonado; había conocido a un tipo del que, aunque lo quisiera negar, se había enamorado hasta las trancas desde que pasaron la primera noche juntos; y yo no quería convertirme en la bruja mala del cuento; obligándolo a venir siete días a la playa para estar pensando en esa persona en la distancia. No soy tan cruel.

Entro en la casa, que es alucinante, y subo a la parte de arriba. Elijo la habitación tipo suite con baño, ¡y qué baño! Es lo bueno que tiene venir sola, ¿no?

Me tiro en la cama y reboto en ella; estoy dispuesta a pasar unos días de relax, lectura y playa. Lo necesito, estos últimos seis meses han sido un completo estrés con todo el jaleo de la pastelería.

Miro a mi alrededor, la habitación me transmite paz; las paredes blancas y las vigas de madera claras, hacen que me sumerja en una sensación liviana, me gusta el lugar.

Estoy en la cocina colocando la compra que he hecho en el supermercado. Si algo me gusta es comer bien y, siendo cocinera profesional, es algo que me puedo permitir sin salir de casa. Aunque hoy no va a ser la noche para hacerlo. He hecho bien en cenar una tapa de bravas

y calamares en un bar del centro comercial, estoy cansada y no estoy por la labor de liarme con los cacharros.

Tengo mi plan hecho: esta noche saldré a mirar las lágrimas de San Lorenzo, aprovechando que no hay luna, y que desde la terraza superior de la casa se va a ver el cielo perfecto. Voy a empezar preparándome un daiquiri de fresa, tengo todos los ingredientes y me apetece mucho.

Me sirvo la medida de ron añejo blanco y saco las fresas de la nevera, me hubiera gustado tenerlas congeladas, pero no puede ser, no obstante ya he dejado en el congelador una bolsa con ellas, me acerco con un bol al fregadero para limpiarlas cuando suena la puerta.

Por un momento no se qué hacer, son las nueve de la noche, no espero visita, no conozco a nadie. Podría ser Jorge que me ha engañado y, finalmente... No, no lo es, tengo que dejar de pensar estupideces. El timbre de la puerta vuelve a sonar.

Dejo las fresas, me seco las manos y salgo a la puerta principal; miro por la mirilla y, como imaginaba, no conozco al hombre que hay al otro lado. Estaba claro, esto es absurdo, ¿desde cuándo soy tan miedosa?

—Soy el vecino del chalet de al lado. —Parece que se ha dado cuenta de que no me decido a abrir—. Se nos han colado varias pelotas de tenis en su jardín y me gustaría recuperarlas.

¿Pelotas? Bueno, puede ser, no he salido a la piscina desde que me he ido a la compra esta tarde.

—De acuerdo, en seguida vuelvo con ellas —alzo la voz, lo suficiente para que se me escuche a través de la puerta, a riesgo de parecer la loca de los gatos.

En el jardín encuentro cuatro pelotas amarillas de tenis, el chico no me ha engañado. Camino con ellas en las manos intentando que no se me caigan, y al pasar por

la cocina cojo una de las bolsas de plástico de la compra y las meto dentro. Una vez en la puerta la abro.

—Aquí las tienes. —Le tiendo la bolsa extendiendo la mano, acto seguido voy levantando la mirada desde sus pies.

Sus chanclas negras de *Quiksilver* dejan paso a unas piernas fibrosas cubiertas por un vello oscuro; parpadeo de prisa y paso a sus pantalones, que cubren ligeramente las rodillas con unos vaqueros claros y desgastados, la camiseta blanca con un dibujo extraño de líneas negras, también de alguna marca *surfera*, le cubre la cintura; y llego a su cara, tiene los ojos grises... o azules, no los distingo bien con la poca luz de la entrada, pero son expresivos, magnéticos —la de bragas que debe de destrozar este chico solo con la mirada—, y es guapo, un morenazo con facciones marcadas. Es un chaval, pero tiene un aire mundano; no llega a los treinta ni de coña. Me doy cuenta de que estoy haciéndole un escáner cuando levanta la ceja derecha y tuerce la sonrisa.

—¿Me las das?

Siento como tira de la bolsa, que todavía tengo agarrada con más fuerza de la necesaria.

—Sí..., claro...

Abro la mano que la sujeta como si me hubieran pillado apropiándome de algo que no es mío. Desde luego que mirarle de esa manera no es propio de mí. Me siento avergonzada y bajo la vista, parpadeo y sonrió al mirarle de nuevo.

Entonces me doy cuenta de que él me está mirando desde su altura, que es bastante, y me somete a un escrutinio parecido al mío. Me siento desnuda de repente. Llevo una camisola blanca entallada en la zona del pecho;

unos shorts vaqueros que apenas se ven, porque esta los tapa, y voy descalza.

Carraspeo incómoda.

—No te pierdas la lluvia de estrellas. —Sonríe ampliamente y se da la vuelta, justo después de guiñarme un ojo.

Me he puesto colorada hasta el tuétano. ¡Por Dior, es un chavalín!

Estoy en la terraza que da a mi habitación, tumbada en una hamaca y con el daiquiri en mi mano derecha; miro al cielo y las estrellas titilan en él. Estoy tranquila, escuchando las olas del mar —la playa está justo en frente de la casa—, esperando ver como empiezan a volar por el cielo aquellas que buscan deseos.

Mentira, «tranquila» no es la palabra; la imagen del vecino de al lado me inquieta, se me presenta constantemente, revivo una y otra vez la radiografía completa que le he hecho; es normal, lo he grabado a fuego en mi retina, obsesa que es una. Si Jorge estuviera aquí volvería a repetir eso de «tú y los morenazos, fóllate un rubio desnado y varía, mujer». No es que esté pensando en acostarme con él... ¿No?

Resoplo y bebo de mi copa balón, el cóctel está delicioso y refrescante, algo genial para esta noche llena de calor.

—¡Saca las Coronitas del congelador! —El grito masculino me hace dar un respingo, y casi tiro el preciado líquido granizado de color rosa.

—Que las prepare Johnny. Con su limoncito y todo, ¡qué clase tienes, cabrón!

Otra voz diferente se une a la primera.

—Lo que tú tienes es una jeta que te cagas.

Las carcajadas masculinas inundan el silencio de la noche.

Evidentemente son mis vecinos, los de las pelotas de tenis, ¿no? El sonido viene de mi derecha y, como no lo puedo evitar porque la vena cotilla me puede, me incorporo despacio y me acerco hasta el muro de la terraza. Con mucho disimulo me asomo y veo que en la casa de al lado, exactamente igual a la que yo estoy habitando, hay dos chicos apilando leña en la barbacoa mientras uno sale con lo que parecen los botellines de Coronitas en la mano.

—Aquí están las coronitas. ¡Breixo, Nacho, como no vengáis, estas urracas se beben las vuestras!

—Joder, déjalas aquí, Jonás, estamos liados con la cena. ¡Y no os pongáis muy pedos, que nos conocemos, y tenéis que fregar y recoger después!

El chico de las cervezas las deja en una mesa blanca, que está al lado de la barbacoa. Veo que uno de ellos, el que está más pendiente de encender el fuego, y que todavía no ha hablado, se acerca y da un trago a su Coronita levantando la cabeza. ¡Uff! Por los pelos; me he retirado a tiempo, pero me he quedado con que ese chico es el que ha venido a por las pelotas de tenis. De repente me empiezo a preguntar a qué nombre responderá.

Por favor, ¡estoy emocionada!, es como si de repente me hubiera topado con la serie del verano, y lo que en realidad está pasando es que estoy hecha una cotilla de tomo y lomo, y, para más inri, sin vida propia.

Debería sentarme y contemplar las estrellas.

Agazapada en el suelo, como una delincuente, miro hacia la hamaca y a mi daiquiri rosa, que en la penumbra no es más que una sombra más del mobiliario. Me levanto tratando de reunir mi dignidad y camino hasta mi zona de relax. Me da igual lo que unos muchachos hagan

y digan en sus vacaciones, me da igual que el chico que ha venido a la puerta de casa esté para pecar y pasar la eternidad en el purgatorio...

—¡Hostias! Susana acaba de escribirme un *WhatsApp*.

—Esa quiere echar un polvo.

—Seguro, deberías tirártela esta noche.

—¿Dónde van a estar?

Estoy paralizada a medio camino hacia mi hama-ca. Termino mi recorrido y me tumbo en ella, sonrío, desde aquí también escucho la conversación, y me regodeo como si me estuviera haciendo trampas a mí misma. Mi nivel de estupidez está sobrepasando el límite. Esto no puedo contárselo ni a Jorge.

—No lo sé. Voy a preguntárselo.

—No seas *pagafantas*, tío. No le preguntes eso.

—¿Y cómo lo averiguo?

—Dile que estamos pensando en salir, que dónde puede haber marcha esta noche.

—Sois unos bastardos, a ver si pensáis que no se va a dar cuenta. Además, si ella te ha escrito primero, ¿por qué no le preguntas directamente?

—Breixo, tío, no todos tenemos tu encanto, mamón. Además, ¿qué clase de insulto es ese? ¿Os llamáis bastardos entre vosotros en Londres, como si estuvierais en la corte del Rey Arturo?

Todos ríen a carcajadas.

—Lo que vosotros digáis.

Estoy casi segura de que esa es la voz profunda del chico de la puerta.

Miro al cielo y veo una estrella fugaz, sonrío y bebo de mi copa, está deliciosa.

—¡Acabo de pedir un deseo!

—¿Echar un polvete con Su?

—No se pueden decir, gilipollas, si lo dices no se cumplen.

—Tú sí que eres gilipollas, y mariconas, que te estás volviendo tonta.

—Déjale, joder, eres un pesado.

Tengo que aguantarme la risa, de verdad que esto es como ver *Sensación de Vivir* sin edulcorar.

—Venga, Pablo, pincha algo, que estos son unos moñas.

De repente, unos acordes de guitarra suenan, y la voz de Aloe Blacc llega a mis oídos. Vaya, me encanta esa canción. La disfruto e incluso canto bajito el estribillo, sonriendo cuando escucho que, algunos de ellos, también lo hacen, y a continuación las palmas animan el momento. No puedo evitar moverme al ritmo de la música electrónica que han mezclado con el tema. Otra estrella fugaz cruza el cielo, allá va mi deseo:

«Que estas vacaciones sean especiales».

#2

Abro los ojos y sonrío feliz. No he tenido que escuchar el sonido agudo del despertador de mi móvil, y despertarse cuando te lo pide el cuerpo es de las mejores sensaciones. De hecho, no tengo ni que mirar la hora, porque en realidad me da igual. Me apetece desayunar en el jardín y bajar a la playa.

Por un momento temo que sea demasiado tarde y que la playa esté abarrotada de gente; pero, rápidamente, deshecho ese pensamiento, no quiero ser práctica estas vacaciones.

Anoche me acosté sobre las dos de la madrugada, tras dos daiquiris y la amena comedia que se vivió en el chalet de al lado. Me hizo sentirme más joven; a ver, con treinta y seis años no es que sea una vieja, pero las conversaciones de los chavales me hicieron acordarme de los veranos en el pueblo de mis padres; los nervios por si un chico vendría, por si hablaríamos, por si le gustaría; ese primer beso bajo el moral... Todo sin *WhatsApp*, claro, ni mensajes de móvil ni nada de tecnología. Ahora, cuando se ven ya llevan una enorme ventaja.

Miro mi mesilla, sin incorporarme de la cama, y me acaloro. Está el libro-regalo de Jorge, pero también

está *Gris*... De repente me siento una pervertida. Lo utilicé pensando en la voz del tal Breixo, en eso y en la imagen que tengo de él grabada en la retina. Es posible que ni siquiera se corresponda, pero mi cerebro ya tiene su fantasía hecha, y «a falta de pan... buenas son hostias». Jorge ha terminado el refrán en mi mente por mí, y no puedo evitar soltar una carcajada avergonzada.

Descalza, voy hasta el baño y me quito el camisón. Me meto en la ducha y me paso un agua, tirando a fría, sin mojarme el pelo.

—Esto es vida —lo digo en voz alta porque de verdad que necesito oírme hablar.

Estoy en la mesa de la terraza frente a la piscina; a mi disposición tengo unas tortitas con sirope de chocolate, un zumo de naranja, fresas partidas en un bol y un café con leche, espumoso, con un poquito de canela por encima. Lo miro y me deleito en el conjunto. Solo me falta el periódico, pero no me apetece salir a comprarlo, lo leeré en la playa, si es que la *protá* del libro y su enamoramiento por ese hombre intrigante, de aura peligrosa, me dejan.

Hace un día soleado y creo que estamos cerca del mediodía; el sol está muy alto.

No se escucha nada en la casa de al lado. Estarán dormidos, o quizá todavía no hayan llegado.

Mientras desayuno tranquilamente, me llegan varios *WhatsApp*. Es Jorge; pongo los ojos en blanco.

«¿Qué tal la vida por la costa?»

«Desayunando en la piscina, me estoy poniendo morada.»

«¿Desayunando? Pero si son las doce y media, loca.

¿Qué haces que no te estás tomando una cañita
en los chiringuitos de la playa?»

«Oye, LOCA, estoy
haciendo lo que me sale
del moño. Si querías que
estuviera haciendo eso...»

«Vale, lo siento 😞

¿Saliste anoche?»

«A la terraza, a tomar un daiquiri y
ver las estrellas.»

«¿Nada de chiringuitos para tí?

Entonces no te pregunto por si has conocido a alguien interesante.»

Me sonríó. ¿Conocer?

«Bueno, creo que sí he conocido a
alguien.»

«Aaaanda, Pulgui ¿Cómo se llama?

¿Cómo es ÉL? »

«¿Por qué ÉL? ¿No puede ser
ELLA?»

«Vamos, Sofía... »

«Sí, bueno, es un ÉL. Pero no sé cómo se llama. Son mis vecinos. Ayer los escuché hablar mientras veía las estrellas.»

«Eso no es conocer.

Eso es *güinear*, *vieja del visillo*.»

«ÉL vino antes a casa a pedirme unas pelotas que se les habían colado en mí jardín.»

«¿Pelotas en tu jardín?

¿Sabes lo sórdido que suena eso viniendo de ti, Pulgui?

¿Está bueno?»

Pongo los ojos en blanco y me meto un pedazo de tortita en la boca. Voy a ser sincera conmigo y con mi amigo. Si no lo soy con nosotros, ¿con quién?

«Está bueno. Pero es un chaval.»

«Ohhh... ¿En serio?»

«¿Qué tal tú con Adrian?»

Cambio de tema, no quiero seguir por ahí.

«No me hables... Hemos discutido.»

«¿Ya?

»

«Sabes que soy muy temperamental,
y que no me gusta que me manden.
Anoche la lió cuando estábamos tomando
unas copas y nos encontramos con Ramón.
Se puso gilipollas y territorial».

«¿Pero tiene solución? ¿Por qué
estamos hablando del sinsentido de
mis días cuando tú estás mal? ¿Te
puedo llamar?»

«Tranquila, supongo que tendremos que hablar,
ya veremos en qué termina esto.»

«Sabes que aquí, conmigo, siem-
pre hay un sitio para ti.»

«Sí, cielo, lo sé.
Y como sabes que tan pronto amo con locura
como desciendo a los infiernos,
no rechazaré tu invitación.»

«Lo sé, co-
razón.»

«Joder... Te tengo que dejar, tengo gente.
Te quiero.
Te llamo luego.»

«Yo también te quiero.»

Es incorregible. Le echo de menos; en realidad, aunque estoy disfrutando de mi soledad, creo que mañana me subiré por las paredes.

Entro en la casa después de un rato en la playa. Ya he decidido que cuando quiera ir a bañarme en el mar iré por las tardes, cuando no esté a tope. La decisión la he tomado mientras el niño de al lado me llenaba de arena — a pesar de que la abuela le ha gritado constantemente para que dejara de lanzarla al aire—, así que mañana por la mañana iré a correr, luego un poco de piscina y, según me vaya cuadrando el día, ya veré.

Antes de ducharme dejo pochando cebolla a fuego muy lento, tengo todos los ingredientes preparados para el *Risotto*, y el caldo listo en la cazuela para ponerlo a hervir en cuanto baje. Me apetece arroz, y se me hace la boca agua mientras subo las escaleras quitándome la camiseta y desabrochándome el bikini.

El timbre suena cuando estoy saliendo de la habitación, fresquita y sin restos de agua de mar y arena. Arrugando el ceño, bajo a ver quién osa perturbar mi morada.

No miro ni por la mirilla, y abro directamente, qué diferencia al miedo repentino que me entró ayer, supongo que la noche es diferente.

Me quedo sonriendo como una estúpida cuando me vuelvo a encontrar al *yogurín* de ayer, esta vez sin camiseta —por favor, qué cuerpo tiene— y con un bañador negro con un estampado amarillo, de la misma marca que sus chanclas. Por Dior..., la imagen es para atragantarse y que me haga el boca a boca ahí mismo. Estoy un

poco sorprendida de los pensamientos que me provoca este chico.

Inspiro y le miro a los ojos, parpadeando varias veces. Esos ojos grises, porque ahora veo que son grises, enmarcados por las pestañas oscuras, son como de otro mundo.

—¿Qué se os ha colado esta vez? —pregunto.

Sonríe; y yo siento que dejo de respirar. Este chico es modelo o algo... Quizá ni si quiera sea real, y es mi mente que, ante tanto aburrimiento, está creando estas visitas.

—Se nos ha colado una pelota de vóley... Perdona —lo dice bajando la mirada, sin llegar al suelo, mientras se rasca la nuca.

Tiene un pelo precioso, negro como el azabache —sí, así de poética soy—, no es ni muy largo ni muy corto; imagino mis manos en ese pelo mientras me empotra...

¿De dónde ha salido ese pensamiento?

«¡La pelota, Sofía!». Carraspeo y asiento torpemente, mordiendo mis labios casi de forma compulsiva. ¡Ops! mis pezones se han erizado, están rozando mi camiseta blanca, y no me he puesto sujetador... ¡Mierda!, observo como su mirada se ha enganchado en esa parte de mi cuerpo.

El olor a cebolla me indica que tengo que atenderla, la visita no estaba computada en el tiempo de cocina; es la excusa perfecta para desviar su atención de ese sitio prohibido...; o quizá no para él.

«¡Cállate!».

—¿Por qué no pasas y la coges tú mismo? —Me doy la vuelta y lo digo sin mirarlo.

Me da la sensación de que lo conozco más de lo que estos encuentros vecinales nos han dado y necesito que la cebolla no se me quemé.

—De acuerdo.

Reconozco que además tiene una voz interesante, pienso, por un segundo, que si se dedicara a la radio sería de esos que una vez les conoces en persona, porque has tenido fantasías con su voz, no te decepcionan.

Sé que él me sigue a la cocina y se para allí mientras le doy una vuelta a la cebolla y añado la mantequilla.

—Sal al jardín, después de todo, todas las casas son iguales, ¿no? —Si me centro en hacer la comida me siento más resuelta, es lo que tiene moverme en mi elemento.

—Vale —asiente y sale.

Creo que he delatado un poco mi vena cotilla.

Cuando entra de nuevo a la cocina, se para con la pelota blanca en las manos.

—Huele muy bien. —Y juro, por toda la colección de Dior, que eso ha sido un ronroneo.

—Gracias. —Remuevo los champiñones, y me doy la vuelta para dejar de observarlo por el rabillo del ojo y enfrentarlo.

Me estoy encontrando un poco incómoda. Por una parte me gustaría saber flirtear con él, pero me doy cuenta de que esto no es una película o una novela de amor veraniego y sé que voy a hacer el ridículo. Además, ¡es un chaval!, aunque esté muy bueno.

—Bueno... Me voy.

—Me llamo Sofía. —Ha sido un arrebató, lo sé, pero tengo la necesidad de ponerle nombre—. Me da la impresión de que nos vamos a ver bastante si seguís practicando con todo tipo de pelotas...

«¿Con todo tipo de pelotas?». Siento el color acudir a mi cara, me queman hasta las orejas, y me doy la vuelta para remover la comida de la sartén. Activo el hornillo de la cazuela del caldo.

—Breixo.

Cuando lo miro tras dejar las sartenes y las cazuelas, él me está observando con una sonrisa inocente y unos ojos bastante pícaros. «¡No sabe nada este chico!», el pensamiento es tan sarcástico que casi me quema por dentro.

—Bien, Breixo, pues encantada.

Dejo la cuchara de madera y me vuelvo completamente hacia él para acompañarle a la puerta. De repente siento como él se adelanta y se acerca para besarme en la mejilla. Huele a mar, a sándalo y a algo más, como a especias exóticas; me hace contener la respiración, me da la sensación de que todo mi ser se repliega sobre sí mismo para disfrutar de ese olor, como si fuera *Gollum* sobre su pequeño *tesoooooro*.

Solo es un beso y se aleja.

—Un placer, Sofía. Te dejo con tu comida. Nos vemos.

Me ha guiñado un ojo y se ha ido de mi casa, dejándome como un pasmarote. Soy una imbécil a la que un chavalín le acaba de hacer puré.

#3

— Voy a salir.

En cuanto Jorge descuelga el teléfono, es lo que le digo.

—No te creo, ¿me llamas para que te anime o para que te desanime? —Siento su guasa a través de la línea.

Acciono el manos libres para poder verter sobre las cápsulas la mezcla para hacer los *cupcakes redvelvet*, me voy a poner como una foca estos días.

—Para decírtelo, solo eso. Estoy que me subo por las paredes, y es por ese chico. Me ha dado un beso... en la mejilla —aclaro.

—Estás desarrollando una obsesión —me advierte con sorna—, y tú no eres obsesiva. ¿Qué hay de malo en que te haya besado?

—Me ha gaseado con su olor y no me lo puedo quitar de encima. ¡Hace unos minutos me he dado la vuelta pensando que estaba detrás! Así que hoy nada de daiquiris en la terraza sola, hoy me voy a tomar una copa a los chiringuitos de la playa, con gente alrededor que huela a otra cosa. —Abro el horno e introduzco la bandeja—. Y en otro orden: ¿cómo estás tú?, ¿qué ha pasado con Adrián?

—Nada, estamos sin novedad al frente, creo que me voy a ir contigo el resto de la semana.

—Me harás un favor, desde luego. Pero creo que deberías llamarlo. Esto no te está haciendo bien a ti tampoco. Guarda tu orgullo y hablad las cosas, Jorge.

—No te pongas intensa, por favor.

Dejo todos los cacharros de la mezcla en el fregadero y me limpio las manos en un trapo de cocina.

—No lo hago, solo te digo lo que pienso. —

Comienzo a trabajar la mantequilla con las varillas y dejo el azúcar tamizado cerca para ir añadiéndola; como siempre, se me hace la boca agua cuando comienzo a preparar la cobertura—. Aunque no tenga todos los detalles, estoy segura de que ayer te pusiste como una loca, te conozco, J, y probablemente ni siquiera le dejaste hablar.

—Cómo lo sabes, cacho bruja.

En este lugar hacen un daiquiri espectacular. El chiringuito, que bien podría llamarse club nocturno de playa, está decorado con *Moais* de *Rapa-Nui*, es como si estuviera en la Isla de Pascua tumbada sobre una hamaca con telas blancas y vaporosas, moviéndose por la ligera brisa del mar. De fondo se escucha la voz de Monique Bingham mezclada con un ritmo electrónico ligero, me encanta.

Me siento bien. Me he despejado saliendo de casa y, sobre todo, dejando la piscina, donde, por un momento, me he vuelto loca deseando que los chicos estuvieran en la suya, y así poder escuchar la voz de Breixo. La palabra «obsesión», de Jorge, viene a mi mente una y otra vez.

Ahora ya no, en estos momentos mi relax es sublime, miro al cielo y sonrío encantada del momento.

No hay mucha gente, pero me doy cuenta de que poco a poco, y de forma nada bulliciosa, se van llenando las hamacas y asientos dispuestos por toda la arena.

Cierro los ojos e inspiro profundamente, de repente me quedo bloqueada; sándalo, cúrcuma y canela entran en mí con una fuerza superior al olor del mar que tengo delante de mis narices. «Obsesión», me lo repito mentalmente con la voz de Jorge.

—Yo me voy a ir pronto a casa.

Abro los ojos como platos, reconozco esa voz, y no es precisamente la de mi obsesión, aunque esta también tiene su casa al lado de la mía: es uno de mis vecinos.

—¿En serio? No jodas, la noche es nuestra. ¿Es que Susana te dejó para el arrastre?

—Mañana no quiero ir potando en la travesía, y bueno... no he dormido en toda la noche —dice de forma sugerente—, si es a lo que te refieres.

Las risotadas conjuntas inundan el ambiente, ensordeciendo la propia música unos segundos. No quiero volverme, no quiero levantarme, las voces vienen de detrás de mí y estoy segura de que están justo en la mesita libre que tengo a mis espaldas. Menuda suerte tengo.

Me concentro en la música, una voz negra empastando con un saxofón y con un ritmo pegadizo y suave...

—¿Sofía? —la pregunta con esa voz me hace reaccionar.

Sí..., esa soy yo. Esa que esta mañana toda resuelta te ha dicho su nombre, esa loca que se precipita a todos tus caminos como si no tuviera vida propia...

Freno mi destrucción interna y lo miro, no tengo más que girar la cabeza hacia la derecha y ahí está. A la luz tenue, que surge de la zona de la barra y de las velas colocadas estratégicamente en cada mesa; el tío está más

rompedor que a la luz del día. Se ve incluso más mayor, no tan chavalín.

Lleva una camisa negra, parece lino por la arruga que hace en su parte frontal, y la lleva recogida hasta la mitad del brazo, por fuera de un pantalón vaquero claro y desgastado. *Mmmm...* mi gatito interior se relame porque apuesta toda su leche a que le queda perfecto en el culo. ¿Desde cuándo tengo un gatito interior? Esto roza la enfermedad, me he visualizado relamiéndome y ronroneando.

—¿Eres tú?

Lo miro sorprendida, y aunque él pueda interpretarlo como la sorpresa por habernos encontrado, la realidad es bastante más bochornosa debido a mi tren de pensamientos.

—Sí... Breixo, ¿verdad? —Me voy a incorporar para no resultar una maleducada.

—No, tranquila, no te levantes.

En realidad no sé qué hacer, apenas hemos hablado como para decir algo más.

Observo como mira mi mesa con el solitario daiquiri y espero la pregunta.

—¿Puedo sentarme?

No, esa no era la pregunta, eso es dar por sentado muchas cosas con solo un vistazo. Pero ¿a quién quiero engañar? No puedo decirle que no porque me acaba de poner en bandeja pasar un rato con él sin forzar ninguna situación. Entonces me doy cuenta de que mi cerebro estaba tramando, a mis espaldas, cosas para tener algo más que hablar con él... ¿Hablar? Por supuesto.

—Claro... ¿Has venido solo? —Soy tan mentirosa y tan perra que me río internamente, y eso saca una sonrisa exterior que, por lo que veo, a él le complace y me la de-

vuelve mientras mira detrás de mí y se sienta en la hama-
ca.

No me reconozco, esto de estar de vacaciones me
está haciendo ser mucho más coqueta, si Jorge me viera...

—No, he venido con unos amigos, pero no les va
importar que no esté con ellos un rato.

Y no entiendo muy bien por qué, pero mi interior
se retuerce de una forma inquietante.

El camarero se acerca y él pide una Heineken,
cuando se va, Breixo me mira a través de sus pestañas
oscuras. Una pena que no se vea el color de sus ojos.

—¿No te atreves con los combinados? Hacen unos
cócteles geniales.

—Soy de ideas muy claras. —Dirige la vista a mi
bebida que tengo entre las manos.

—¿Y bien? —Me encojo de hombros—. ¿Qué tal?
¿De qué hablamos? No nos conocemos.

Es algo absurda la situación, aunque a ninguno de
los dos se nos nota incómodos, yo desde luego, contra
todo pronóstico —debe ser el alcohol—, no lo estoy.

—Creo que le estamos poniendo remedio, ¿no? —
Su sonrisa es arrebatadora; así, como suena de cursi.

—¿Empezamos por la edad? —Ahí está mi yo boi-
coteador, sabía que lo tenía y obraría por su cuenta.

Breixo suelta una carcajada.

—Eso es de mala educación, no me gusta in-
ventármela.

—Qué caballero. —Asumo que lo hace por mí, o
quizá por los dos, porque la diferencia va a ser tal que, de
repente, me puedo convertir en su madre. Si le hubiera
tenido a los... ¿diez, doce años?

—Al revés. —Se inclina hacia delante y apoya sus
antebrazos sobre las rodillas, a la vez que yo me descalzo

para sentir la arena bajo mis pies—. Pero si tú quieres decirme la tuya...

—Respetaré tus principios. Igualdad de condiciones, ya sabes —le digo sonriendo, y asiento.

—Y ya que hemos dejado esa parcela cubierta, ¿qué haces por aquí?: ¿vacaciones?, ¿vives aquí, en esos chalets alucinantes?

Me río y bebo de mi combinado mientras el camarero le deja el botellín verde delante, sobre un posavasos.

—Ya me gustaría vivir aquí. —Muevo la cabeza negando—. Vacaciones solitarias de última hora.

Eleva las cejas interrogándome en silencio, me da la sensación de que es periodista y sabe sacar partido de cada palabra.

—Iba a venir con un amigo, pero en el último momento se echó atrás. —No puedo evitar hacer un gesto de resignación pesarosa.

—Vaya, lo siento.

Veo como se tensa en su asiento y da un trago a su cerveza.

—Oh..., no pasa nada. Conoció al amor de su vida.

—Joder... —Parece como si fuera a sentarle mal el trago, y me doy cuenta de que lo está malinterpretando todo.

—No estoy hablando de mi novio —aclaro, y bebo de mi combinado.

—¿No?

Observo, complacida, como se relaja. Los aires de la costa me transforman, no solo capto las señales para los demás, aquí estoy viendo cosas que me afectan a mí.

—He dicho amigo.

—Perdona, es que no me ha sonado así. —Se lleva el botellín a los labios, y mis ojos van a sus brazos y a su

cuello que expone, glorioso y tentador, cuando se inclina hacia atrás para beber. Es totalmente comestible.

—Ha sido más tu interpretación —respondo cuando vuelve a posar su cerveza.

—Me has pillado. —Y su sonrisa, casi inocente, me conmueve—. Me ha acojonado no ser capaz de consolarte en esa situación.

Nos miramos y él no se ríe. Está hablando en serio. Vuelvo a beber del cóctel.

—¿Y de qué eres capaz? —¿De dónde ha salido esta tipa? ¿Me estoy convirtiendo en una... zorra? A los daiquiris de la playa le deben echar algo diferente.

Soy testigo de cómo coge aire por la boca, como si fuera a decir algo, y la cierra de nuevo, lo he dejado K.O. Inclina la barbilla y me mira, entrecerrando los ojos, con una sonrisa lenta que me derrite cuando su lengua sale discreta y humedece la parte central de sus labios, y que culmina, para contribuir a mi forma líquida, mordiendo-los muy ligeramente.

Elevo la ceja izquierda automáticamente. Estoy bastante sorprendida de mí misma. Creo que mi cerebro interpreta que, al haberme tocado pensando en él, ya hemos traspasado la barrera del sexo.

—¿Y tú? —Me devuelve la pelota, tensando más todavía el ambiente que hemos ido creando y al que yo le he metido unos cuantos voltios.

—¿Acaso eres gallego?

—Por supuesto. —Su carcajada distiende de nuevo el ambiente—. Soy de un pueblo cerca de Santiago.

—Adoro esa ciudad. Siempre que puedo me esca-po.

—¿De dónde eres? —pregunta interesado.

—De Madrid, pero no me suelo quedar quieta, a no ser que las obligaciones me lo impidan. —Voy a añadir, con mi repentina verborrea, que es Jorge quien me suele acompañar, pero creo que no quiero volver ahí otra vez; se siente como si hubiéramos capeado ese temporal y estuviéramos fuera.

—A mí también me gustaría pasar más tiempo allí.

—Pues tú no tienes seiscientos kilómetros —digo como si supiera dónde vive, se me está soltando la lengua.

—No, en realidad tengo unos mil doscientos. Pero supongo que en avión tardo menos que tú en llegar. —Me guiña un ojo juguetón.

Algo que, entre todos los gestos que tiene, debería estar prohibido porque hace que me suba calor desde las puntas de los pies hasta... Se ha quedado en mi vientre y eso es malo.

Bebo otra vez del daiquiri, se está terminando.

—La pregunta es obligada. Pero podrías dejarte de tanto misterio —planteo, y le doy el último sorbo a mi combinado.

Me sorprende con una carcajada, y su olor me llega de una forma más contundente porque se ha acercado a mí quedándose casi al borde de su hamaca.

—Londres.

Y no puedo decir si me lo ha susurrado o si es mi mente que vuelve a hacer de las suyas, pero de repente miro al suelo, porque no puedo mirarle a los ojos. Es como si en el tono de esa confesión fueran implícitas muchas cosas más, que yo, llegados a este punto de miradas, sonrisas, olores a sándalo y canela, y calor..., mucho calor, estoy como loca por hacer.

—¿Quieres otro daiquiri? —pregunta, y vuelve a romper la tensión.

—Sí, creo que me voy a pedir otro.

Levanta el brazo y llama la atención del camarero, que está en otra mesa. Entonces un grito detrás de mí nos hace volvernos, para ver como uno de mis vecinos está en el suelo sujetándose el pie y aguantando más gritos similares al que hemos escuchado.

—¿Qué le pasa? —Breixo se acerca a ellos; y yo me levanto caminando detrás de él—. ¿Nacho?

Se arrodilla a su lado, y los chicos le miran entre asombrados y asustados.

—No sé, creo que se ha golpeado el pie con la mesa.

El tal Nacho, en el suelo, emite varios juramentos en gallego y se agarra los dedos del pie derecho con sus manos.

—Me lo he roto... Jodeeeer, ime lo he roto!

—¿El pie? —El más bajito de todos se arrodilla con él y lo mira, alternando su cara con el pie descalzo que se agarra.

—El dedo... ¡qué dolor!

Dadas sus muecas tiene que doler.

—Vamos al médico. Que te lo miren en urgencias.

—Un chico rubio, de nariz aguileña, le sujeta por el brazo para ayudarle a levantarse.

—Qué va..., si no me van a hacer nada. —Nacho insiste y de repente parece que se repone, como si hubiera desarrollado un miedo inmediato a ser atendido por un médico—. Si además me va a dejar de doler en seguida —dice mientras aprieta los dientes.

—Pero si parecía que te habían disparado hace un minuto. —El chico moreno y de pelo rizado le increpa—. Vamos, te lo miran y te dicen lo que tienes. Punto.

—Venga, Nacho, vamos.

Finalmente Breixo le hace levantarse y me mira. En sus ojos se dibuja la disculpa; yo sonrío y muevo la cabeza despacio, quitándole importancia.

Mientras el accidentado se pone en pie y es ayudado a salir por el resto de amigos, Breixo se acerca al camarero le pide mi copa y deja pagado todo. Ni siquiera me da tiempo a participar.

—Supongo que no te importará quedarte sola.

—No, claro, es como estaba hace un rato. —Espero que la decepción no se haya filtrado en mi voz.

—Lo siento, ¿nos podemos ver en otro momento?

—pregunta, bajando la voz, y de verdad que parece interesado.

—Cuando quieras, ya sabes dónde estoy. —No puedo evitar pensar en mi respuesta y darme cuenta de que, definitivamente, hay una zorra en mí muy tremenda. Eso ha sonado lascivo, ¿no?

Se acerca y me besa en la mejilla, quedándose unos segundos más que en un beso formal; y yo aspiro su olor, que me inunda y hace que mi estomago vibre.

—Lo sé. Gracias. —El susurro en mi oreja me pone la piel de gallina, y ese efecto viaja hasta el vértice de mis muslos.

Los veo alejarse, y una sensación de vacío se apodera de mí. Miro mi hamaca y mi copa en la mesita, no me apetece quedarme sola aquí, el sitio se siente más vacío ahora que él no está.

#4

*E*s posible que mi obsesión sean las fresas. Miro el bocadito, helado y blanco, y lo muerdo, el yogur griego deja paso a la fruta roja congelada y disfruto cerrando los ojos.

No puedo dormir. Estoy en la terraza de mi habitación leyendo el libro erótico a la luz de una gran vela anti mosquitos que da una luz increíble. Hace calor, y el postre, además de ayudarme a despejar mi mente algo embotada por los daiquiris —iban más cargados que los que yo me hago en casa—, me está refrescando.

—¿Tú tampoco puedes dormir?

Levanto la cabeza del libro y me incorporo. La voz de Breixo viene de mi derecha. Y le veo a él iluminado tenuemente por la luz de su terraza inferior.

—Hace mucho calor. —Dejo el libro en la mesa, cojo mi bol de fresas heladas y me acerco hasta el muro de la terraza. Mal hecho; va sin camiseta, y no sé si agradecer a la luna que no esté, porque estoy segura de que me desintegraría si me hiciera testigo de los claroscuros de ese cuerpo bañado por sus rayos—. ¿Qué tal tu amigo?

—Oh... —Asiente y mira hacia atrás, como si el mencionado pudiera aparecer—. Se ha roto el dedo meñique.

—Vaya, qué faena.

—Creo, por lo que lo conozco, que no va a hacer mucho caso de las indicaciones del médico.

Aprovechando la ligera oscuridad, que actúa como mi aliada, y que mis ojos se han adaptado a ella para poder percibirle, me deleito viéndolo apoyarse en el murete de su terraza. ¡Madre mía los brazos que tiene!, y, queriendo evitar que mis babas se descontrolen, me como otra pieza de fruta, esta vez es una frambuesa y reprimo el gemido por su sabor.

Es un momento perfecto. Aunque voy a tener que hablar si no quiero que termine porque él se largue muerto de aburrimiento.

—¿El rato en urgencias os ha cortado la noche? —pregunto, después de tragar—. ¿No habéis salido?

—Pablo y Saúl se han ido a tomar algo. ¿Has vuelto pronto de la playa?

—Lo que he tardado en beberme la copa. Gracias, por cierto, muy amable de tu parte. Estoy en deuda contigo.

—Lo he hecho para eso, para que me debas... algo —bromea, o eso parece, pero a mi cuerpo le da igual y solo piensa en pagárselo en carnes.

Estoy desatada, venirme de vacaciones sola está siendo un descubrimiento para mí.

—¿A qué te dedicas? —Decido irme por los cerros de Úbeda porque, si no, esto se convertirá en un callejón sin salida.

—A la publicidad. ¿Y tú?

—Soy cocinera, aunque ahora estoy en repostería y dando cursos. —El helado se está derritiendo, me como otra fresa más y me relamo cuando una gota de yogur resbala por la comisura de mis labios.

Durante unos segundos no dice nada, y me extraña, es como si tuviera siempre algo que decir.

—¿Qué estás comiendo? —Por un momento pienso que me he imaginado la pregunta, lo ha hecho tan bajo que no tengo muy claro si responderle.

—Fresas y frambuesas heladas con yogur, aunque ahora ya no lo están tanto. —Según acabo de decirlo, me pregunto si ahora no pasará un momento bochornoso porque él no me ha preguntado eso.

—¿Sabes que es de mala educación no ofrecer?

Respiro tranquila y miro la distancia entre nosotros. Por lo menos hay seis metros.

—¿Y te la tiro a ver si acertamos? —Me río porque me imagino el aspecto del patio de la cocina al día siguiente, lleno de manchas rojas y amarillas, del yogur derretido.

—Prueba.

—¿Quieres una fresa helada? —En un momento pienso en lo mala que soy apuntando, jugando a la diana soy de las que clavan los dardos en la pared, y eso cuando se clavan.

—Claro —asiente con soltura.

Le veo alejarse, salir de la terraza por la puerta que da a la habitación principal, que es la misma por la que entro y salgo yo en mi casa, y desaparecer.

Me lleva tres segundos darme cuenta de lo que va a pasar. ¡Él viene hacia aquí! ¡Oh Dios mío!... ¡Viene hacia aquí!

Miro a los lados, no sé qué hacer. Llevo un camión de rayas rojas que es demasiado corto para recibir visitas. ¿Qué me pongo? ¿Dónde tengo unos pantalones cortos? Dejo el bol de fresas en la mesita de la terraza y entro cual loca en la habitación, para dirigirme al arma-

rio; no veo una mierda, antes no he encendido las luces por si los mosquitos entran buscando mi sangre con sabor a fresa, ¡y el timbre acaba de sonar!

Bueno, siempre puedo invitarle a pasar y subir luego a ponerme algo, ¿no? Mejor parecer despreocupada a... ¿parecer una guarrilla? ¿Por qué no tengo una bata estupenda y fina a juego con este precioso camisón?

—No es tan corto —le hablo al reflejo que me devuelve el espejo—, no se me ve el culo.

Y aquí estoy, abriendo la puerta a un Breixo que no se ha molestado en ponerse camiseta. Porque los dos vamos de naturales, ¿no?

—¿No confiabas en mi puntería? —le pregunto, sonriendo e invitándolo a pasar.

—¿Habrías acertado en mi boca? —Me mira de arriba abajo; y yo me encojo un poquito queriendo que mi camisón parezca más largo.

Por un segundo me desconcierta, «¡qué rápido el chavalín!», decido seguirle el juego.

—Todavía podemos probarlo —contesto.

Me soslaya con esa mirada gris acerada y un amago de sonrisa aparece en la esquina de sus labios.

—Sal al jardín, ahora mismo voy con el postre.

Escucho un jadeo ahogado y sonrío, ese tanto ha sido mío.

Cuando salgo por la puerta de la terraza, no puedo dejar de preguntarme si voy a ser capaz de continuar con el tonto. Si soy sincera, siento como mi estómago vibra por la situación; mis vacaciones han cambiado mucho desde ayer, he dejado de ser la cotilla, solterona y loca, para pasar a ser la anfitriona nocturna de este yogurcito; cuando se lo cuente a Jorge se va a caer de culo.

Breixo ha encendido la vela para los mosquitos que hay en medio de la mesa, y está sentado en una de las sillas mirando hacia delante, parece concentrado en algo. Con el ruido de mis pasos se gira; y siento como su mirada vuelve a hacer un recorrido por mi cuerpo de abajo arriba. Esta vez ya no me encojo con su mirada, porque debajo de este camisón, aunque casi no se vean, llevo unos *shorts* blancos de algodón.

Me pongo a su lado sin sentarme todavía. Estar tan juntos hace que la situación sea más intensa que antes en la puerta.

—El postre. —Dejo encima de la mesa el bol con los frutos rojos helados que he sacado del congelador, los que había ya estaban derretidos.

—Tienen una pinta deliciosa.

Sé que sigue jugando, y no estoy muy segura de que hable del helado, creo que ni lo ha mirado.

—Pruébalo —le reto, mientras cojo una pieza de fruta pequeñita y me la como, sabiendo que es una fram-buesa.

Observo como su mano va hacia el recipiente y lo aparta, se pone de pie y se acerca mucho más a mí. Me quedo sin respirar cuando, con un dedo, sujeta mi mentón y me hace subir la cara. El calor que emana de su cuerpo me está bombardeando con su aroma de sándalo y especias. Me va a besar, lo sé, y no voy a hacer nada por evitarlo.

Su boca baja hasta la altura de la mía.

—¿Sigues en pie la propuesta de probarlo? —Su voz es ronca y baja, su aliento cálido choca contra mí, me da la opción de rechazar lo que va a pasar, estaría loca si lo hiciera.

Mastico la frambuesa mientras lo miro, creo que nunca había disfrutado tanto del previo a un beso. Su dedo en mi barbilla me provoca un cosquilleo de lo más placentero. Ambos respiramos tranquilos, pero por lo menos, en mi caso, mi corazón está comenzando a hacerse audible en mis oídos. Trago la frambuesa y asiento.

—Quería hacer esto desde que vi tus pezones a través de la camiseta, esta mañana.

Y lo que dice hace que mis bragas sientan lo que produce una frase en la que la palabra «pezones» suena a promesa.

Abre ligeramente los labios para cubrir los míos, los retira despacio, y vuelve a hacer lo mismo un par de veces más; hasta que yo le respondo de igual manera y mordisqueo despacio su labio inferior, antes de volver a separarnos apenas un milímetro. Eso ha sido como una incitación para su lengua, porque entra lentamente en mi boca buscando la mía y, cuando la encuentra, la tienta con pasadas livianas mientras sus labios acarician los míos con suavidad.

—El postre está delicioso —susurra contra mí.

No pensaba que fuera a ser tan dulce, aunque ese pensamiento se desvanece cuando siento como esos sutiles toques tienen una respuesta certera en mi piel. Estoy vibrando, lo que está haciendo es depositar una especie de encantamiento que, de repente, me hace estallar ansiando mucho más, y me veo, acto seguido, sujetando su cuello y su nuca, atrayéndolo hacia mí para profundizar el beso.

Le siento sonreír sobre mi boca, y me pregunto si ese beso será marca de la casa y es con el que hace que a todas las chicas se les caigan las bragas a pulso. En realidad me da igual porque, ahora mismo, él se ha erguido

subiéndome contra su cuerpo, con las manos en mi culo y mis piernas alrededor de sus caderas.

El beso es incendiario. Está salpicado de mis gemidos y un ruidito similar a un rugido bajo, que procede de su garganta.

Me apoya en la columna de piedra que hay en el porche, y siento su erección contra mi sexo. Madre mía, este tío está por lo menos tan excitado como yo.

Dejo de besarle y jadeo, parece que el aire no quiere entrar en mis pulmones. Me mira con los ojos entrecerrados, su respiración también es agitada.

—Demasiado deprisa —susurra sin separarse apenas de mí.

—¿Qué? —Me doy cuenta de que he sido yo quién se ha vuelto loca y ha cortado los besos electrizantes para comérselo entero. Me siento una zorra, y esto empieza a ser una constante cuando estoy con él.

—¿Me he precipitado en hacerte sentir cómo me tienes? —Tiene una voz tan áspera, que hasta con ella me roza y me calienta.

Me relajo, no le he parecido osada, eso está bien porque quiere decir que podemos seguir donde lo hemos dejado.

—Aunque lo mío no sea tan notable no significa que no esté tan a tono como tú. —Inspira lentamente, cierra los ojos y se aprieta otra vez contra mí—. Oh... como sigas haciendo eso voy a terminar antes de que me quites las... —«bragas». Esa parte me la guardo, me está volviendo loca y mi vocabulario lo está demostrando. Jadeo, mi voz sale aguda y baja, no me puedo creer que casi se lo haya dicho.

Ríe ligero bajo su respiración, y juguetea con sus labios sobre los míos, sonriendo de una forma tan lasciva

que tengo que tragar saliva para que esta no se me atore en la garganta.

—¿Podemos seguir en otro sitio? —habla, y su boca desciende por mi cuello dejando besos suaves y embriagadores en mi piel expuesta.

—Me siento una facilona, porque tengo que responder que sí... —Apenas puedo respirar con normalidad, y mi voz es un susurro jadeante.

—No lo eres, el facilón soy yo, que he caído ante ti como un pardillo, no me has dado tregua. —Vuelve a mi boca y deja un beso húmedo, no tan prolongado como me gustaría.

—En ese caso, ahora que te tengo en mis redes, subamos a la habitación. —Decido que esto tiene que pasar ya y dejarnos de palabrería, voy a terminar poniéndome en evidencia.

Sonríe y deja que resbale de su cuerpo para llegar al suelo, entrelaza sus dedos de la mano izquierda con los míos y, con una mirada perezosa por mi parte —no me puedo creer que vaya a pasar esto—, nos encaminamos hacia el piso de arriba, sin hablar, porque sobran las palabras, sobre todo las mías.

Entro en la habitación y doy la luz de la mesilla desde la puerta, dejándolo todo en una bonita penumbra.

—Esta habitación está mejor que la mía. —Me abraza por la cintura y pega su pecho a mi espalda. El contacto hace que mi interior burbujee, sobre todo mi sexo; cuando lo roce va a ser bochornoso.

Tengo la sensación de que ninguno queremos despegarnos del otro, como si eso fuera a romper la magia que se ha creado entre nosotros.

—Y no has visto la bañera... —Inspiro profundo, mientras me besa el cuello y sus manos se establecen en

mi vientre, debajo del camisón, desplegadas y estáticas, como si quisiera abarcarme toda.

—Cuando me la quieras enseñar estaré dispuesto.

—Mordisquea despacio el lóbulo de mi oreja.

Mi ser tiembla de anticipación, «iva a pasar!».

Hace mucho que no tengo sexo esporádico. No es que me guste hacerlo con el primero con el que tonto, pero esto se siente diferente, como una especie de oasis en mi vida, ese inciso que necesito para que mis vacaciones sean revitalizantes. Así que me entrego al momento; me voy a comer un *yogurín* y me voy a poner las botas.

Me siento osada, diferente.

Comienza a mover sus manos mientras caminamos hacia la cama; siento su respiración en mi cuello y me eriza el vello, mi cuerpo se pega automáticamente al suyo, y mi espalda baja nota su erección.

Me vuelve en sus brazos y, más que un movimiento brusco, ha sido un deslizamiento de cuerpos, parece que estemos sincronizados. Cuando nuestras caras están enfrentadas, ambos soltamos aire retenido y, de puntillas, me pongo a su altura para comenzar un beso en el que, de nuevo, sus especias y mis fresas se unen en una danza de alientos y lujuria.

Besa de muerte, este tío hace el amor con sus labios; y yo voy a calcinarme con ellos.

Paso mis manos por su pecho, palpando sus músculos definidos pero no demasiado hinchados, es mucho mejor tocar que mirar, idónde va a parar! Mis dedos van descubriendo su piel como si leyeran braille, palpan sus hombros, sus brazos, suben de nuevo a su cuello y bajan por su tórax, otra vez... Menudo festín se están dando mis sentidos.

Las manos de Breixo, que se han quedado en mi espalda, acariciándola con sutileza, bajan ahora hasta mi culo y lo amasan como si le estuvieran rindiendo tributo. Me aprieta contra él, y mientras deja anclada una mano en mi trasero, la otra se aferra a mi nuca intensificando un beso profundo y demandante que promete algo inmediato.

Nos separamos y respiramos entrecortadamente, yo aprovecho y me siento en la cama, voy a quitarme el camisón ahora mismo para que me toque con esas enormes manos por donde quiera. Veo como él se arrodilla frente a mí y detiene mis movimientos, apoyando mis manos en la cama, a ambos lados de mi cuerpo. Sin dejar de mirarme desata la cinta que sujeta mi pantaloncito de algodón, yo me ahueco y le dejo sacármelo; estoy tan segura de que está mojado que lo miro y noto el calor en la cara. Despacio, comienza a levantar el camisón; y yo elevo los brazos para hacerlo más fácil, ahora estoy solo con las bragas puestas delante de él; me mira los pechos —pequeños, por cierto—, como si estuviera sopesando algo.

—Definitivamente soy un hombre de tetas, —susurra—. ¿Puedo? —Me mira a los ojos y, tragando con dificultad, asiento. Supongo que quiere tocarlas, jugar con ellas, vamos; llegados a este punto puede hacerme lo que quiera.

Se acerca, y con la lengua comienza a hacer lentos y pequeños círculos sobre mi pezón derecho, tengo que morderme el labio para no gemir como si estuviera en una película porno; el latigazo que siento va directo a mi sexo, y soy consciente de que estoy perdiendo el norte, la brújula y el mapa...; no tengo ni idea de dónde estoy.

Abro las piernas y se acomoda delante de mí, sujetando mi culo con ganas; y yo entierro mis dedos en su

pelo negro dejándome hacer. No desatiende ninguno de mis dos pechos, me doy cuenta de que cuando antes ha mencionado mis pezones es porque en realidad le vuelven loco. Los tengo tan duros ahora mismo que podrían cortar cristal.

Sube su cara y me mira, tiene los ojos entrecerrados, como si mirara a través de una nebulosa sensual. ¡Qué bueno está, por Dior! ¿Qué hice en otra vida para merecer este *momentazo*?

Acercándose a mi cara y, cogiéndome del cuello y del mentón a la vez; su mano le da para eso y más —por favor, no puedo esperar a que esas manos estén en otro sitio—, me besa con pasión; no es rápido: es profundo y lánguido. Le respondo de la misma manera y, con mis piernas, le rodeo la cintura atrayéndolo mucho más a mí, me da exactamente igual que pueda mojar su pantalón que, por cierto, debería estar lejos de su cuerpo.

Llevo mis manos a la cinturilla de la bermuda y desabrocho el cordón, tiro hacia abajo y, cuando mis manos se posan en su culo, me doy cuenta muy complacida, de que no lleva nada debajo; mis dedos están tocando piel, un culo firme. No me puedo reprimir y lo estrujo.

Breixo suelta una pequeña risa separándose de mi boca.

—Definitivamente, yo soy una mujer de culos — admito, sin dejar de palparlo con ganas.

Ambos reímos pero se nos pasa en seguida. Sus pantalones están en sus rodillas y ha apretado toda la erección, rígida y caliente, contra mis bragas empapadas.

Nos estamos mirando fijamente.

Gimo, está justo sobre mi clítoris, que está muy sensible después de todos los previos que llevamos. Entonces él se contonea contra mí, y yo dejo caer la cabeza

hacia atrás; él acompaña mi gesto dejándome bajar hasta la cama, cerniéndose sobre mi cuerpo y sacándose los pantalones en el proceso.

—Te tengo —susurra, justo antes de besarme y pegarse a mi cuerpo.

Acaricia con sus pulgares mis mejillas; mis manos miman su espalda sintiendo su suave piel, bajando a su perfecto culo de vez en cuando; no puedo obviarle, me es imposible, creo que podría pasarme horas tocándolo y estrujándolo.

En un momento rodamos y estoy sobre él, a horcajadas; entonces me incorporo y comienzo a rozarme contra su masculinidad, mientras él me agarra las manos haciéndome caer sobre su pecho.

—No hagas eso, o terminaré en seguida.

Decido continuar a su ritmo, quiero disfrutarlo, y por eso me encuentro de nuevo con la espalda pegada a colchón.

Breixo está reptando por mi cuerpo, yendo hacia abajo, besando mis pechos; más abajo, jugando con la lengua en mi ombligo; y todavía va más abajo, para terminar posando su boca abierta contra mis bragas.

«¡Ohhh!». Estaba claro que si manejaba sus labios y su lengua con esa destreza para besar, sobra decir lo que me está haciendo ahora mismo, todavía no ha apartado la tela y ya estoy al límite. Da unos pequeños mordisquitos, justo en la zona más necesitada, que me hacen perder la cabeza.

Acto seguido me levanta las piernas, saca mis bragas —todo muy despacio sin que yo me pierda un detalle—, y vuelve a descender hacia mi sexo besando el interior de mi muslo hasta llegar a él. Comienza a aplicarse en darme placer: lame mis labios, juega con mi entrada, suc-

ciona delicadamente mi clítoris, lo golpea con su lengua; utiliza toda la boca y yo no tardo nada en estallar en ella, derramándome por completo, convulsionando por el intenso orgasmo que estoy teniendo, y perdiendo el sentido en el proceso.

Él no me da tregua, sigue lamiéndome despacio, prolongando mi placer; y cuando comienzo a estar en la tierra otra vez, me doy cuenta de que lo estoy agarrando del pelo, aprisionándolo contra mí.

—Lo siento... —susurro sin aliento mientras lo suelto.

—No lo hagas. —Veo como se yergue y se acerca a mi boca, con una sonrisa lobuna que vuelve a reactivar mis abotagados sentidos.

Me besa: su sabor, el mío, su boca, su lengua... Creo que voy a morir de placer encadenado.

—Ve a por un condón al baño, está en el neceser que hay al lado del lavabo. —De repente siento la imperiosa necesidad de tenerlo enterrado en mí.

En silencio le doy las gracias a Jorge por meterme una caja de preservativos casi a la fuerza, ¿quién se iba a imaginar esto? Yo, desde luego, no.

—¿Te gusta dar órdenes, jefa? —Eleva la ceja izquierda con una sonrisa pícaro; y si tuviera fuerzas lo volvería a enganchar para comérmelo.

—Creo que tú vas a salir beneficiado de esto, así que yo no me negaría si estuviera en tu pellejo. —Madre mía, tengo una zorra en mí que cuando sale no deja lugar a dudas.

Con una risotada se levanta, y veo como su erección golpea sutilmente su vientre, ¡Qué tamaño!

Aparece en la habitación; yo he ido deslizándome por la cama hasta estar en el centro, y él me enseña el condón que tiene en la mano.

—No voy a hablar de la bañera ahora, porque quiero que usemos esto y no puedo esperar más, pero recuérdamelo más tarde, por favor.

Se enfunda el profiláctico y viene hacia mí; yo, un poco más recuperada, me siento y le hago un gesto para que sea él quien se tumbe. Me coge la cara y me vuelve a besar antes de dejarse caer de espaldas, me haré adicta a sus besos si cada vez que hacemos un movimiento él aprovecha para regalármelos.

Me subo a sus caderas y, con la mano, guío su miembro hasta mi entrada; estoy verdaderamente ansiosa por devolverle el favor, pero su amenaza de terminar en seguida me dice que lo mejor es ir a por todo.

Me mira con los ojos entrecerrados; y yo me dejo caer gradualmente sobre él, estoy tan lubricada que la entrada ha sido suave y deliciosa. Estoy empalada y suelto un jadeo mientras él hace lo mismo. Tenso mi musculatura interna y subo despacio, apoyada en mis rodillas, sin dejar de observar su cara, que se contrae en una impresionante mueca de placer. «¡Gracias Kegel!»

Repito la misma operación unas cuantas veces más aumentando la intensidad, y soy testigo directo de cómo lo está gozando, lo tengo en mis manos —o en mi vagina, mejor dicho—, y es todo un espectáculo.

Solo se escucha el roce de las sábanas, el chocar de nuestros sexos unidos, pequeños gemidos y nuestras respiraciones erráticas. La fricción va haciendo mella en mí, va subiendo las cotas de placer y, como tengo tan sensible la zona por el orgasmo anterior, voy sintiendo que en nada voy a volver a terminar.

—Si sigues así voy a correrme, Sofía —lo dice con sus dientes apretados.

—De eso se trata —le animo con palabras que parecen gemidos, y vuelvo a hacer el recorrido para comenzar a cabalgarle acompañándolo de un movimiento ondulante de mis caderas. Así le siento muchísimo más, creo que voy a estallar como una supernova.

Sus manos sujetan mi cintura, los dedos se aferran a mi piel y, conforme voy haciendo los movimientos más rápidos, veo la tensión en su cuerpo. Le siento cimbralear en mi interior; me aprieto porque siento cómo mi liberación llega; y él deja escapar un sonido, entre un rugido bajo y un grito, que llena el silencio de la habitación mientras los dos nos corremos prácticamente a la vez.

#5

Un sonido persistente y agudo entra en mis oídos; no sé ni dónde estoy. Lanzo mi brazo a la derecha, en mi casa estaría el despertador, pero solo me encuentro con la cama. Vuelvo a intentarlo a la izquierda y entonces me golpeo la muñeca con el borde de la mesilla, localizo el móvil y, abriendo un ojo, apago la alarma.

¿Por qué, en el nombre de lo más sagrado, tengo puesta la alarma hoy? Estoy cansada, estiro mis piernas y me doy cuenta de que también estoy dolorida justo ahí.

Entonces todo viene a mi cabeza: sexo con Breixo.

Me sonrío, me tapo la cara con mis manos y suelto una carcajada. Ha sido lo más cercano a una maratón de sexo que he tenido y, probablemente, el sexo más alucinante de mi vida.

Volvimos a hacerlo dos veces más. En uno de nuestros parones me confesó que me tenía tantas ganas, desde que me vio la segunda vez que vino a por la pelota del jardín, que la primera vez que lo hicimos —el dijo follar; y yo las palabras de alto impacto solo las digo excitada, parece ser—, casi se le fue de las manos corriéndose como un chavalín.

No quise entrar en esa discusión de si en realidad lo era o no —un chaval, me refiero—, o por lo menos para mí. En experiencia en la cama desde luego que no lo parecía, pero no podía engañarme, ese chico no llegaba a la treintena, ni se le acercaba.

Al rato él se fue a su casa a dormir, dijo que si se quedaba no iba a ser capaz de parar y hoy tenían una travesía en kayak por la costa.

Cuando me doy cuenta del porqué de la alarma me río, iba a levantarme a correr por la playa esta mañana, para rebajar mi estrés del día de ayer, y para quemar la energía sobrante que me estaba haciendo perder la cabeza.

No necesito correr, la energía fue bien empleada en algo productivo anoche.

Me incorporo y sigo sonriendo como una tonta; tanto, que me tapo la boca y doy un grito de satisfacción. Tengo que llamar a Jorge, pero no a las ocho de la mañana, claro. Cuando me doy cuenta de que no puedo dormir de la emoción, me levanto y me doy una ducha, voy a bajar a desayunar los *cupcakes* y, como hice anoche con Breixo, me voy a poner las botas sin remordimiento alguno.

—¿No trabajas hoy? Pensé que al quedarte abrirías todas las mañanas. —Inexplicablemente estoy susurrando, al igual que Jorge.

—No, no me pidió nadie hora, y ayer, a las que me la pidieron, no se la di..., estaba ocupado —confiesa sin un ápice de remordimiento.

—¿Por qué hablamos en susurros? —Estiro la toalla en el jardín, acabo de darme un baño en la piscina.

—Porque Adrián está durmiendo.

—*Mmmm...* Hubo reconciliación —le digo de forma insinuante.

—Hablamos durante tres horas...

—¿Llamaste tú? —No tomo asiento, comienzo a caminar dando vueltas por el jardín.

—Nooo. —Su tono cansado me hace reír—. Se me adelantó, ¿vale? Iba a llamarlo cuando terminara de tender la ropa, y antes de que la sacara de la lavadora me estaba llamando él.

—Bueno, la intención cuenta. Si de verdad lo ibas a hacer el karma te respondió de esta manera.

—*Humm*, puede ser, Pulgui, puede ser. — Apostaría a que se está golpeando la barbilla—. Está tan pillado por mí como yo por él, no quiere que las cosas se tuerzan. Quiere conocerme a fondo, quiere compartir tiempo conmigo, y no quiere que nada, ni nadie, lo estropee por desconfianzas. —Ha subido el tono y entiendo que ha salido de la habitación—. Reconoce que es celoso, y que eso es lo que le pasó... ¿No es un amor?

—Bueno, si se ha dado cuenta de que antes de conoceros teníais una vida que no se puede borrar con un *reset*, no hay problema. —Conozco a Jorge, es un ser social por naturaleza y eso no puede cambiarlo, además que, una vez que analiza la situación, los celosos no le van ni un pelo—. Me parece bien. Pero al lío... ¡Estáis enamorados!

—No lo gafes, tía, no digas eso tan a la ligera.

—Vamos, Jorge, es lo que hay.

—¿Y tú qué? No te noto resacosa para haber salido anoche.

—No lo estoy. —La risita estúpida, que me ha salido sin darme cuenta, como lleva haciéndolo toda la mañana, me delata.

—¿Qué-ha-pasado? —pregunta remarcando cada palabra.

Hago una pirueta tonta sobre el césped y me dejo caer en la toalla. Me pongo las gafas de sol, me tumbo y, doblando las rodillas, me pongo a contarle cada detalle de mi noche, eso sí, en voz baja. Sé que se escucha todo de una casa a otra y no quiero arriesgarme a que haya quedado algún colega de Breixo y sea testigo de lo que pasó, y menos en los términos en los que se lo voy a contar a Jorge.

Me ahorro los detalles más íntimos aunque sé que mi amigo los disfrutaría, pero son míos, y al no mencionarlos él reprime sus gritos de emoción.

Estoy haciendo *mousaka*. Vengo de estar un rato en la playa, hacía demasiado calor, pero necesitaba salir para airearme un poco. Me he bañado en el mar y he vuelto a casa. Como apenas tenía hambre, y he vuelto a pecar con otro *cupcake* más, he decidido que da igual cuando coma, iestoy de vacaciones! ¿Qué pasa si finalmente lo hago a las seis de la tarde?

Mientras frío las rodajas de berenjena me entra la risa acordándome de las reacciones de mi amigo al enterarse de mi final de fiesta anoche: «Eres una perversa, Sofía Lario», no podía dejar de reír, cuando quien me lo decía es el tío más promiscuo que conozco.

Termino merendando *mousaka*, había escuchado hablar de la merienda-cena pero no de la comida-merienda. Meto el resto del pastel salado en la nevera, y cuando voy a lavar el plato y el cubierto que he usado, suena el timbre.

Miro el reloj de la cocina, son las siete y no espero a Breixo hasta la noche. Pero si no es él no sé quién puede estar llamando a mi puerta.

Cojo el libro de la cocina —madre mía, lo llevo de peregrinaje por toda la casa y hoy apenas he leído nada, mi mente tiene suficiente recreándose en la noche pasada—, y lo dejo en el aparador de la entrada para echar un ojo por la mirilla.

Es Breixo. Una deliciosa sensación de anticipación me recorre todo el cuerpo.

Abro la puerta.

—¿Ya te has echado siesta? No te esperaba hasta la noche. —Intento sonar algo seria, decepcionada por su cambio de planes, como si no me importara, pero en realidad sé que no lo consigo.

—Si no te alegras de verme es que lo de anoche no fue para ti lo que fue para mí. —Me hace un puchero adorable, pero el gesto termina porque no puede evitar sonreír, eso es aún mejor—. ¿No me vas a dejar pasar? Si sale alguno de mis amigos me van a pillar aquí suplicándote ..., y se piensan que me he ido a la playa.

Me aparto y le franqueo la entrada, sonriendo y mordiéndome el labio inferior. Cuando pasa se inclina lo suficiente para llegar a mi boca y deja un beso con sabor a mar y a sándalo, tan potente que mis sentidos se activan.

—¿Les has mentido?

Se queda parado en el *hall*; me gusta que no se tome demasiadas confianzas como para entrar a dónde quiera. Deja la toalla que lleva al hombro sobre el pequeño sillón de la entrada.

—No quiero contarles esto. —Su mano ondea en un gesto suave entre nosotros—. Se van a poner muy pesados, ya he tenido que aguantar alguna pregunta por

tomar contigo ayer unas cervezas, pero como están con Jonás y Susana me ignoran, no te imaginas la brasa que le están dando.

Oh..., claro que me la imagino, he sido testigo directo, pero no se lo puedo decir a él, no quiero parecer la portera que he sido.

Asiento agradecida, porque en realidad, tampoco quiero ser la comidilla de los vecinos.

—¿Salimos al jardín, o crees que corres peligro de que te vean?

—No creo, van a echarse la siesta, acabamos de llegar de estar casi siete horas remando.

—¡Vaya! Tienes que estar agotado. —Tengo ganas de tocarlo, pero me da corte, después de todo lo que hicimos ayer y hoy me cohíbe pasar una mano por su brazo, soy muy absurda.

—No tanto como para cambiarte por unas horas de sueño. —No me pasa desapercibido el tono sugestivo, porque ha bajado un poquito y, además, me ha mirado con los ojos entrecerrados.

Sonríó como una estúpida y siento cómo me sonrojo, comienzo a morderme los labios casi compulsivamente, y me doy cuenta de que, quizá, anoche los daiquiris me ayudaron a desinhibirme más de lo que yo pensaba.

Se acerca y coloca sus manos en mi cintura, mi corazón golpea tan fuerte mis costillas que, durante unos latidos, resulta hasta molesto.

—¿Esto está bien? —Escucho la duda en su voz, y claro, no me extraña, mis señales no deben ser las que él esperaba encontrarse tras el sexo de anoche.

—Sí..., claro que está bien. —Mis manos acarician sus brazos y suben hasta sus hombros, su piel desprende el calor de todo el día al sol.

—Vale, porque no quiero que te sientas incómoda, si quieres que me vaya...

—¡No! —Me pongo de puntillas y le beso en los labios para reafirmar mis palabras—. Yo también tenía muchas ganas de verte, es solo que..., bueno, no esperaba que se sintiera tan natural.

Entonces él inspira profundamente, dando la sensación de que su cuerpo se expande aparentando ser mucho más grande de lo que en realidad ya es para mí, y me abraza, elevándose.

Siento su nariz en mi cuello y emito un leve, pero audible en el silencio de casa, gemidito de placer. Escucho su risa baja y complacida.

—¿Leyendo al Amo? —pregunta mientras me deja en el suelo.

De repente me quedo estática, no entiendo lo que me está diciendo, ¿leyendo a quién?

—¿Eh?

—Esto. —Acompaña su palabra señalando el libro que está en el aparador.

Me vuelvo hacia donde él está señalando, deshaciéndome de su abrazo, y no entiendo por qué, pero me ruborizo furiosamente. ¡Por Dior, que tengo treinta y seis años y leo a quién yo quiero, faltaría más! ¿Qué hay de malo en leer la novela erótica que lo está petando en todos los sitios? Anoche hicimos muchas cosas como para ruborizarme por mi lectura.

—Sí. ¿Lo has leído? —Mi tono sale muy natural, ayuda que esté de espaldas a él.

—Sí.

Parpadeo y trago la saliva que se me ha acumulado en la boca sin saber por qué. Levanto mi ceja izquierda, pero él no me ve, claro.

—Pensé que era un libro solo para mujeres. —Me doy la vuelta porque ahora sí que no me quiero perder nada de sus expresiones.

—Después del escándalo que causó en el Reino Unido, tenía que saber qué era eso que os estaba volviendo locas. —Se encoge de hombros y curva los labios hacia abajo, quitándole importancia a todo esto.

—¿Y?

—¿Te interesa mucho mi opinión? —Tuerce lentamente la sonrisa de su cara, haciéndole parecer un canalla, mi estómago se estremece—. ¿No conoces a ningún tío que se lo haya leído?

—Solo Jorge, es con quién intercambio literatura erótica.

—Y su opinión para ti... —Deja la frase sin terminar, tanteando.

—Es gay, el amigo que iba a venir conmigo. Y normalmente coincidimos bastante en opiniones al respecto, pero su opinión no es imparcial, porque a él el Amo le pone duro...

De repente me horrorizo al darme cuenta de que he utilizado, con toda naturalidad, la frase que J dice siempre al respecto de los protagonistas masculinos de estos libros. Mis ojos se han debido de abrir tanto que Breixo empieza a reír.

—No pasa nada, Sofía. Creo que es una expresión muy categórica.

—Bien. —Sonríe levantando ambas cejas, ya se me ha pasado el bochorno—. Entonces, ¿me vas a decir qué te pareció el libro?

Dicen que la curiosidad mató al gato, pero de verdad que quiero saber qué opina de este tipo de literatura, ¿se excitará tanto como yo?

—¿No me vas a dejar pasar? ¿Quieres que hablemos aquí en el recibidor? Por mí está bien, pero deja que me acomode en el suelo, estoy algo cansado.

—Oh..., perdona. Vamos al jardín.

Cuando comienzo a caminar hacia la cocina para salir por allí, su mano retiene mi mano y, de un tirón, me encuentro otra vez entre sus brazos. Su boca se pone a la altura de la mía y me da un beso con los labios entreabiertos, lanzando la puntita de su lengua contra los míos. Le respondo suavemente y, de repente, nos vemos sumidos en un mar de besos lánguidos y calientes. Sus manos sujetan mi nuca y bajan a mi culo, en realidad parecen estar en todas partes, y yo me agarro a sus antebrazos para trepar con los dedos hasta su pelo.

En una especie de ronroneo comenzamos a bajar la intensidad. No sé muy bien quién hace ese ruidito tan adorable, pero podría ser yo, porque me he convertido en un charquito de placer.

Mordisqueo su labio inferior, él me besa con sus labios, blanditos e hinchados, y nos despegamos.

—Podría acostumbrarme a esto. —Su voz es ronca y su tono bajo, cuando le miro a los ojos los tiene somnolientos.

Es la viva imagen de la entrega, y me excita. Pero creo que si me lo llevara a la cama arrastrándolo parecería una obsesa sexual, algo que estoy convencida que soy en este momento, pero ¿quiero que él se entere? No. Además está agotado.

—Vamos, te invito a un café y a unos *cupcakes* —le hablo bajito, y enrosco mis dedos en los mechones de su nuca.

—*Mmm*, ¿siempre eres así de tentadora? —Su nariz acaricia la mía mientras cierra los ojos y, como siempre, no sé muy bien a qué se refiere.

—Me gustaría pensar que sí.

Beso la punta de su nariz y me aparto, en serio que si no lo hago terminaré obligándolo a tener sexo, entre el pasillo y la cocina, y teniendo en cuenta que está cansado, después de sus pocas horas de sueño y la travesía en piragua, supongo que eso sería un abuso en toda regla.

Enciendo la maquinita de café que el Clooney se ha pasado anunciando todos estos años y, mientras se calienta, saco un plato para poner las magdalenas; por mi bien, espero que se las coma. Tengo una seria adicción a ellas y con todo el tiempo libre de estos días me voy a arrepentir de haberlas hecho.

Cuando saco la taza del armario me doy cuenta de que no se ha movido de donde estaba, me vuelvo y lo miro.

—Puedes salir a sentarte a la mesa del jardín.

—Me gusta ver cómo te mueves. —Su voz es sexo líquido, si se pudiera embotellar y poner sobre tortitas sería lo más orgásmico que comería nunca, seguro.

—Breixo... —Cojo la taza por el asa y la balanceo despacio sin dejar de mirarlo. Siendo consciente de que la frase que voy a decir a continuación me hace ser una zorrilla en toda regla, pero es que no me lo está poniendo nada fácil—. ¿Quieres que nos dejemos de meriendas y...?

No me da tiempo a decir nada más. En menos de una décima de segundo lo tengo pegado a lo largo de todo mi cuerpo, su mano derecha se enreda en mi pelo y me

ladea la cabeza para besarme... Otra vez esos besos densos y locos que prometen tanto como dan.

Me sube a la encimera. La camiseta que me cubriría hasta la mitad de los muslos, se enrolla en mi cintura dejando a simple vista mis braguitas transparentes de color rosado. Pero llegado a este punto ya me da igual, teniendo en cuenta que es muy probable que estén mojadas.

Escucho como inspira mientras terminamos de besarnos, comienza un apasionado camino de besos por mi mandíbula hasta llegar a mi cuello, baja hacia mi hombro mientras, con su mano, va abriendo camino apartando el cuello amplio de la camiseta.

Es como si dejara un campo de minas por toda mi piel; él pasa con sus labios y su lengua juguetona y me excita, para luego dejar esa parte vibrando y deseando más, anhelando que todo explote en algo maravilloso.

Su mano izquierda en mi culo me empuja contra él, y le siento duro y poderoso, adherido a mi entrepierna presionando mi clítoris. Se mueve de forma ondulante sin despegarse de esa zona; y mi pequeño botoncito brota queriendo sentirle más.

Paso mis uñas por su espalda, tengo que decir que no es para que a él le guste, es porque no sé a qué aferrarme para no caer en picado ante toda esta locura de sensaciones. Este tío tiene que tener una especie de doctorado en hacer el amor. Nunca, jamás, me habían devorado de esta forma.

Mientras tiro de su pelo lo siento en mis pechos, los ha dejado al descubierto, la camiseta va a tener que ir directa a la basura de lo dada de sí que va a quedar, pero ¿a quién le importa? A mí no, desde luego, y mucho menos cuando está tentando mi apretado pezón derecho con

su lengua, dientes y labios, para luego soplarlo y hacerme tiritar.

Metes tu mano izquierda entre nuestros cuerpos y apartas la braguita, tus dedos expertos empiezan a tocarme despacio, resbalando entre mis pliegues. Echo la cabeza hacia atrás y...

—¡Joder! —Me he dado contra el armario.

Llevo la mano a mi cabeza, el dolor del golpe se concentra bajo la palma mientras presiono con fuerza; él levanta la suya de mis pechos.

—No..., sigue... —digo queriendo que el dolor se vaya de mi cuerpo.

—¿Te has hecho daño?

La verdad es que sí, pero a la mierda si me he abierto la cabeza —por supuesto, no es así—, quiero que siga donde lo ha dejado.

—No. —Acompaño la negativa con un movimiento de cabeza; y me mira estrechando los ojos—. En serio, estoy bien. —La súplica va implícita en mi jadeo.

Besa mis labios y su mano derecha va a mi cabeza, donde yo me estoy apretando, la sustituye y, besándome despacio, me palpa. Le agradezco el trato gentil, acaricio su piel y, con mis dedos, resigo su brazo para sujetarme a su tórax.

—Estoy bien, de verdad —susurro contra su boca.

—No parece que haya sangre. —Su mirada transluce un ligero deje de preocupación; y me parece tan tierno que sonrío.

—No, no la hay. —En realidad apenas lo siento ya.

Entonces tal y como me doy cuenta de que él no está por la labor de seguir, después de que su mano desaparezca de mis bragas, me acerco a sus labios y me lo

como, literalmente. Se le escapa un jadeo y, gracias a dios, vuelve a su anterior labor de volverme loca con sus dedos.

Buscando devolverle el favor, mi mano resbala entre nosotros encontrando su duro miembro por encima de la ropa, lo siento firme y lo acaricio de abajo a arriba, presionando de vez en cuando.

—Quiero estar dentro de ti. —El deseo contenido sale a través de sus dientes apretados y, como me percató que eso no puede ser de forma inmediata, le echo un poco hacia atrás y me bajo de la encimera—. ¿Qué...? —Me arrodillo y lo miro a través de mis pestañas, sé que esto es sexi porque lo he leído mil veces. Saco su polla —*iufff*, estoy muy caliente, mira en qué términos hablo!— y, dejándolo sin palabras, me la meto en la boca; todo lo que puedo, claro, hay que tener en cuenta que ni él tiene algo sencillo de introducir, ni mi boca es un buzón de correos.

Lo saco haciendo un sonoro *pop* y lamo el tallo desde su base. Mi visión periférica capta su agarre a la encimera y escucho un juramento bajo que es más un siseo. Me gustaría que sujetara mi cabeza, me parece tremendamente erótico, pero si él no quiere no se lo voy a pedir; así que continúo aplicándome en la mejor felación que he hecho nunca; tengo que estar a su altura y por ello disfruto y me excito con cada pasada de mi lengua, en cada presión que hacen mis dedos en sus testículos, en el rastrillar de mis dientes lentamente a lo largo de todo su falo... Todo es recompensado por sonidos guturales y, de repente, siento su mano en mi nuca, desplegándose por mi pelo, arañando mi cuero cabelludo.

—Si sigues... —jadea—, voy...

Y como ese es el objetivo de todo esto, continúo sin darle tregua; pasando el dedo índice por la zona posterior de sus testículos cuando siento que se contrae, y

haciendo una ligera presión. Estoy dándole todo, y él me recompensa; trata de retirarme pero un espíritu lascivo y totalmente pornográfico me posee haciendo que no lo deje correrse fuera.

Ruge...; sí, como si fuera un animal, y su orgasmo culmina en mi boca. Su respiración es entrecortada, superficial. Cuando lo miro, con la boca llena, observo cómo consigue abrir los ojos y, con una sonrisa creciente, me mira muy satisfecho.

Me levanto; mientras él se recupera me voy al aseo que está frente a la cocina, no me lo voy a tragar, estoy caliente pero esto nunca me ha gustado.

Entro en la cocina; él sigue apoyado en la encimera con la cabeza colgando hacia delante.

—No era así como tenía pensado terminar —dice, recobrando la respiración.

—Lo importante es terminar.

Me acerco y me río porque él lo hace entre dientes; se yergue y me mira, se le ve cansado, mucho más que cuando ha llegado.

—Hablando de terminar... —Sus ojos se entrecierran dejando solo una fina línea en la que apenas se vislumbra el gris intenso de sus ojos.

—No es necesario. —Mi voz sale algo aguda; en realidad estoy como una moto, pero si tengo que ser considerada, se le ve agotado.

—No voy a poder follarte como te mereces. — Escucharle hablar así tiene un efecto extrañamente excitante en mí, que no soy de palabras de alto impacto—. En parte tú tienes la culpa, no era mi intención, pero soy una persona educada y no puedo dejar de agradecerte lo que me has hecho.

Su tono ha ido bajando, se ha enfundado sus atributos y me está acechando, sin tocarme; si pudiera decir algo emitiría un gemido tan lastimero y ridículo que es mejor que el aire no haga contacto con mis cuerdas vocales.

Sujeta mi cuello con delicadeza, inclina mi cabeza y se acerca para besarme; sus labios trabajando son pura magia.

Cuando sus besos me dejan sin aliento, continúa descendiendo por mi cuello mientras sus manos, bajo la camiseta, me tocan los pechos y juegan tentando mis pezones una y otra vez. Le sujeto la cabeza, sin guiarle, simplemente enredando mis dedos en su pelo, y noto cómo va deslizándose hacia abajo; no estoy mirándole porque tengo los ojos cerrados mientras disfruto de cada caricia que me prodiga.

Se ha arrodillado, su cabeza está a la altura de mi ombligo y, como me ha subido la camiseta, está jugando con él. Tiene una lengua perversa que también maneja a la perfección, y tiente el hueso de mi cadera, el abdomen, el ombligo de vuelta, mi monte de Venus, hasta que de repente mordisquea mi sexo sin quitarme la ropa interior.

Me baja las bragas sin quitarme ojo; yo ya estoy mirándole porque, sinceramente, es todo un espectáculo erótico; sube mi pierna izquierda sobre su hombro y acaricia sutilmente con sus dedos los labios de mi vulva, yo contengo la respiración.

—Te has empapado comiéndomela. —Es un poco radical cuando me habla así, pero mi yo más morboso, que no conocía, se calienta mucho con esas frases.

Acerca su boca a mi sexo y siento como comienza a besarlo como si se tratara de mi boca. ¡Por Dior, voy a morir calcinada!

En apenas un par de minutos me tiene temblando sobre su boca, mientras sus brazos sujetan mi trasero manteniéndome de pie.

